

Mira, Pancharilla; yo jugué la ley del juego, así de buen jugador como de buen jugado; y sino dígallo el señor Cañuto.  
Él lo podrá decir como el que lo vido, mas metistes a muy mal tiempo el rey de copas y aquel rentoy fue muy mal echado siendo yo de mano. Y si no me alcanzara aquel dos bastos, ¿no había jugado bien?  
¡No, no, no, no! Ni aun medio bien.  
Pues ¿por qué, por qué, por qué? Sepamos.  
Porque no sabéis guar, que echáis muchos falsos.  
Pues no vaya más de un real para vino de lo bueno que fue muy bien jugado, y juez sólo el señor Cañuto.  
Pues sólo en hora buena y vaya la apuesta como jueste sin pasión.  
¿Quieren que yo sea el juez y que lo jusge? Pues ninguno se ha de enojar. Esto digo por vos, Pancharilla, y por vos, Chapirón.  
Yo digo que no me enojaré.  
Pues ni yo tampoco.  
Pues a pagar de mi dinero como soldado, que lo ha jugado mejor que se juega en Francia, donde yo lo he visto, el señor Chapirón y que ha ganado.  
Pues yo quiero pasar por ello, porque lo ha dicho el señor Cañuto, y pagaré la pena; mas, por mi gusto, yo quiero que lo diga, como el que lo vido, Móstoles que estaba allí.  
Yo también estaba y lo vide; mas vaya por él, que yo sé que ha de decir lo que yo digo.  
Pues yo voy.  
Porfiado es mi compadre Pancharilla, extrañamente por cierto.  
Nunca yo me espanto deso, porque hasta hoy no supo bien el perder a nadie.  
(Aquí entra el Borracho asido con el Otro y dice:)  
¿Quién es el que jugó esta cabra?  
Anda, Móstoles, que aquí está quien la jugó.  
Yo fui el que la jugué y está bien jugada.  
Si no es por vuesas mercedes que lo dicen, el que lo dijo no supo lo que se dijo, y a la obra me remito.  
Señor Cañuto, no se amohine por vida mía, y déjeme a mí con él, qué viene como cumple. Vení acá, Móstoles, ¿no atravesé yo bien aquel trunfo y a buen tiempo?  
Sí, a fe de quien soy, porque me acuerdo como lo que veo ahora que entonces tenía la taza en la mano.  
¿Y no visteis vos cuando le cogí el dos bastos que le eché el rentoy que fue bien jugado lo que jugué?  
No, porque estaba bebiendo lo que me cabía de mi parte y no tuve cuenta en las cartas.  
Pues ahí estuvo el yerro si lo quiere entender, y lo que yo he dicho digo que es verdad, y lo sustentaré a uso de Italia.  
Señor Cañuto, no haya pendencia, que yo quiero pagar la pena.  
Pues ¿para qué ha de haber pendencia si aquí lo jugamos y aquí lo bebemos y todos somos unos?  
Pues vamos y gástese este real, pues que yo lo perdí, de lo que ellos quisieren.  
Bien dice; vamos, y sea de lo bueno.  
Por mí, no ha de quedar; vamos.  
Pues por mí, tampoco, que hasta el lavar de los cestos todo es vendimia y no puedo caer, que soy firme como la peña de Martos.  
(Aquí se van y sale un Alguacil y un Tabernero, y dice el Alguacil):

Mira, que os aviso como amigo y os requiero como alguacil, que no admitáis esta gente en vuestra casa, porque se queja la vecindad y parece muy mal que estén todo el día jugando y alborotando el barrio.

Pues, señor alguacil, si yo gano de comer vendiendo mi hacienda y ellos no juegan si no es vino, ¿por qué quiere vuesa merced que yo me quite mi ganancia y lo que en otros cabos se consiente?

Pues en vuestra casa no se ha de consentir, porque se emborrachan, y después de hechos cueros se descalabran unos a otros; que de aquí se fue a quejar el otro día uno descalabrado.

Ya yo sé de dónde nace eso, señor; aqueso, más, ¡bendito sea Dios! que hay buenos en la tierra que lo remediarán.

Viví vos bien que con esto se remedia y dejaos de palabras y no me lo paguéis algún día.

(Váse el Alguacil y el Tabernero, y entra un Muchacho vendiendo el pronóstico, y dice):

¡Ea!, señores: ¿hay quién compre el pronóstico del renegado, que es bueno y barato, traducido de arábigo en castellano y compuesto de noche en la menguante de la luna del mes de Enero, en el principio del año de ochenta y tres ? ¡Ea!, ¿quién me lo compra ? Curiosos galanes y damas, que hago barato.

(Salen de la taberna el SOLDADO y MÓSTOLES, y dice el MÓSTOLES:)

A la pez sabía el vino por ser el cuero nuevo, y no me supo bien.

Eso es hablar de ciencia y despirencia, como quien lo entiende.

¡Ea!, señores, ¿haya quién compre esta obra nueva, que es tan provechosa?

¿Y qué provecho tiene?

Saber lo que ha de suceder este año.

¿Es el pronóstico?

El pronóstico es, enseña; veamos qué es lo que contiene, que yo te lo pagaré.

Pues lea, señor Cañuto; veamos si acotan algo ahí conmigo.

Pues, ¿con vos habían de acotar?

Sí, porque soy estrólogo y he leído astrología setecientos años en una semana.

Pues hombre que tan bien ha leído, escuche un poco lo que yo leyere.

Ea, pues lea, que ya yo oigo.

(Pronóstico.)

"Dice el renegado que se juntarán a batallar los cuatro elementos al son de la belicosa trompa de la fama".

En esa batalla me he de hallar yo armado de punta en blanco , y no lo tenga a burla.

Yo lo creo, por cierto, que siempre andáis con corazas. "Y se ha de definir esta batalla en medio el soberbio mar Océano, en la isla de Quintibul, y que ha de reinar Saturno sobre los hombres que son malencólicos".

A fe que no reine sobre mí, que siempre ando alegre y contento.

Todo eso me parece a mí bien, y más dice, que ha de parecer un cometa con un ramo que llegue desde el Setentrion hasta el Zodiaco. En eso dice verdad, porque se cumple un refrán que dice: "Duelos te dé Dios de oro, y la cola desde aquí a Toledo".

Señor, déme mi pronóstico antes que lo acabe de leer u páguemelo.

Déjame lo acabar de leer, que yo te lo pagaré. Dice más: "Que todos los árboles que fueren flacos no han de llevar fruta, como son

manzanas, ciruelos, cerezos y guindas, camuesos y perales, y, sobre todo, parras y viñas".

(Aquí le coge el papel de la mano y se le rompe, y dice):

Este ladrón bien parece que era renegado y que puso esto porque no bebía vino, y miente en todo; y aunque este es mensajero, que no merecía culpa, ¡muera!, porque no nos dé tan malas nuevas.

Págume, señor, lo que me ha roto, si no á fe que yo traigo aquí quien me lo ha pagar.

Espérame, que yo te pagaré, espera, espera.

(Aquí hace que le quiere dar de puñadas, y dice el Soldado):

Anda, vete con Dios; ¿no ves cual está? ¿Quieres que te aporree? ¿Aporrearme a mí? Pues espera un poco, que mal me han de andar las manos, u el uno u el otro me han de pagar lo que rompieron.

(Vase el muchacho y dice el Soldado):

Vámonos, Móstoles, si os parece; no nos busque aquel muchacho cinco pies al gato.

Váyanse los que huyen , que yo soy Rodrigo y ando en el campo como león desatado.

No lo digo yo por esa vía, sino porque no venga la justicia y nos haga alguna pesadumbre, que yo de ningún hombre tengo miedo.

Pues esperemos en el palenque, que luego entraremos, a derribar la pesadumbre.

(Aquí saca el Alguacil asido al Tabernero por los cabezones y salen tras dél su Mujer y el Muchacho, y dice el ALGUACIL):

¡No os dije yo que viviédes bien si no que me le habíades de pagar tarde o temprano?

Mire vuesa merced, señor Agüero, que mi marido estaba en casa y ello fue en la calle y no vido cosa ninguna.

Señor alguacil, heles: aquí están los que me hicieron el daño.

Teneos a la justicia.

¿Pues quién se cae aquí?

Yo os lo diré en la cárcel, cuando estéis presos por desvergonzados, y a quien en su casa os consiente.

Tráteme vuesa merced bien, que soy soldado.

Vos sois el soldado y esotro es el quebrado.

Y esta es la bandera de los cueros; mi casa es muy honrada, y quien otra cosa dijere, ya tengo dicho.

¡Villano, mal criado! ¿Desta manera se me responde a mí? ¡Favor, aquí a la justicia!

(Aquí dan todos gritos. "Aquí de la taberna"; y salen unos con jarras y otros con cántaros y llevan al Alguacil en peso, y se entra solo el borracho diciendo):

¡He aquí reñida sobre vino la batalla naval!